

AIBR. Ed.ELECTRÓNICA	Nº 42	MADRID	JULIO – AGOSTO 2005	ISSN 1578-9705
----------------------	-------	--------	---------------------	----------------

LOS “SEÑORES DE LOS RIOS” Y SUS ALIANZAS POLÍTICAS

Francismar Alex Lopes de Carvalho

alexismagnus@hotmail.com

Universidad Estatal de Maringá, Paraná, Brasil.

Estudiante de maestrado en Historia del Programa de Postgrado-maestrado de la Universidad Estatal de Maringá, bajo la dirección de la Dra. Evandir Codato. Becario de la Agencia de Fomento Federal CAPES.

Traducción del portugués al castellano: AIBR

RESUMEN

El objetivo de este texto es analizar la compleja trama de interrelaciones políticas, de guerra y de paz, entre los grupos étnicos nativos y los adventicios implicados en el movimiento de las Monzones. Para ello, utilizo, como base de mis reflexiones, un texto sobre el asalto habido en 1730 en el cual el grupo Payaguá atacó la monzón del Ouvidor Lanhas Peixoto, que conducía el quinto Real de las minas de Cuiabá a São Paulo. A través del enfoque de las interacciones y las alianzas políticas entre las poblaciones implicadas, espero explorar el potencial heurístico del concepto de frontera, revisando la noción oficial de la “conquista”.

ABSTRACT

The objective of this paper is to unfold the complex tram of politic inter-relations, of war and peace, between the native ethnic groups and the adventitious involved in the movement of the Monsoons. I take for reason of my reflections the assault had in the 1730 in which the Payaguá group had pillaged the monsoon of the Ouvidor Lanhas Peixoto, that took the fifth Real from Cuiabá to São Paulo. Focusing the interactions and politic alliances between the involved populations, I wait to explore the heuristic potential of the frontier concept, revising the proper official notion of “conquest”.

PALABRAS-CLAVE: fronteras, alianzas políticas, intercambios culturales, monzones

KEY-WORDS: frontiers, politic alliances, intercultural exchanges, monsoons

El descubrimiento de metales preciosos en las márgenes del río Caxipó-Mirim, en 1718, y poco más tarde en Cuiabá, provocó la fiebre del oro en no pocos paulistas, que comenzaron a migrar hacia este nuevo *El Dorado* a través de un arriesgado y difícil camino fluvial; ese movimiento fue conocido como el de las Monzones.¹ De São Paulo a Cuiabá los viajeros se relacionaban con varios grupos étnicos nativos, los “señores de los ríos” por utilizar la expresión de la época, los cuales interaccionaban activamente con los adventicios, sea para ofrecerles una alianza política contra otros grupos hostiles, sea a través de la hostilidad abierta en defensa de sus territorios. Después de esos años, comenzó un periodo crítico de la “era de las Monzones” paulistas, entre los años 1727 y 1734, periodo en el cual los indios ribereños prácticamente cerraron los ríos de la región a la navegación portuguesa. Durante ese tiempo, se puede percibir con intensidad la dialéctica de guerra y paz, perneada por los contrapuntos de los intercambios interculturales y la reafirmación de la identidad, entre la dominación y la resistencia, la jerarquía y la simbiosis, atingiendo a los paulistas, cuiabanos y habitantes de Asunción; esclavos de varios grupos étnicos africanos o afro-descendientes; grupos étnicos nativos, sobre todo Kayapó, Guaykuru y Payaguá.

Mi objetivo es el de mostrar, al menos *grosso modo*, la compleja red de interrelaciones políticas, de guerra y paz, entre estas poblaciones. Para ello, utilizaré como texto-base el relato de viajes de João Antônio Cabral Camelo, escrito en 1734, y que narra con detalle el gran asalto que realizaron los Payaguá a su monzón de regreso a São Paulo en 1730 (Camelo 1961 [1734]). Partiendo del concepto de frontera sugerido por Fredrik Barth, procederé a una lectura dirigida del relato de Cabral Camelo, mostrando en él la pluralidad de voces de los diferentes actores, sus intereses políticos y sus alianzas, esperando caminar a contrapelo de las versiones producidas por la historiografía oficial.

Seducido por el nuevo *El Dorado*, partió Cabral Camelo de la villa de Sorocaba hacia las minas en Cuiabá en 1727. Su monzón se componía de 14 negros esclavos y de 3 canoas, la mayoría comprados a crédito; a pesar de ello, a su destino llegaría sólo con un negro, una canoa, varias deudas y todo lo demás perdido en el tortuoso camino. Una vez en Cuiabá, pretendía conseguir algunos negros más para trabajar en las minas y así conseguir elevados rendimientos. Durante el viaje, Cabral Camelo describe, con cierto ánimo, cinco productivos campos de cultivo en los inicios de la subida del río Pardo, en los cuales “*há muito feijão e bananais*”; más adelante “*se vê uma formosa roça povoada*”² (Camelo 1961 [1734]: 133). A continuación llega en la hacienda de Camapuã, cuya población vive allí “*como em um presídio*”, temerosa de los asaltos de los Kayapó. “*De uma e outra parte há gentios*”, advierte Camelo, pero supone que son “*nações que os sertanistas conquistaram*”³

¹ Los grupos de canoas que partían de São Paulo para Cuiabá fueron chamados de monzones porque la viaje duraba cerca de cinco meses, casi el mismo tiempo de la viaje de Portugal a las Indias (Holanda 1957: 162-63). Lo itinerario pasaba por los ríos Tietê, Paraná e Pardo; atravesaba lo camino por tierra en la hacienda de Camapuã; retomaba los caminos fluviales por los ríos Cojín, Taquari, Paraguay, São Lourenço y Cuiabá. Lo movimiento de las monzones fue decisivo al mantenimiento de las minas de Cuiabá, por buena parte del ciclo XVIII lo más distante centro colonizador portugués no interior de la colonia, y por consecuencia, a la expansión territorial de la América portuguesa.

² “hay muchos frijoles y plátanos”; “se ve unos hermosos cultivos poblados”. N.d.t.

³ “Por todas partes hay indios”; “naciones que los sertanistas ya conquistaron”. N.d.t.

(*Idem, Ibidem*: 135). Después de atravesar los territorios Guaykuru y Payaguá, el viajero llega a las minas. Allí Camelo comprueba la inestabilidad de los negocios: Cuiabá parece estar siempre entre el incremento y la decadencia. Después de tres años de escasos beneficios, decide regresar. Para ello, aprovecha la monzón del Ouvidor Antônio Alvares Lanhas Peixoto, que en 1726 llegó a Cuiaba con el Capitán General Rodrigo Cesar de Meneses con el fin de establecer la burocracia tributaria del Rey y que ahora, en 1730, regresa a São Paulo con casi 900 Kg. de oro, producto del quinto Real (Taunay 1961: 77).

A cierta altura del curso del río Paraguay, oyeron todos un gran grito: les sorprendió de repente una enorme flota de canoas Payaguá con un ataque masivo. "*Tão espêssa nuvem de flechas, que escureceu o sol*",⁴ ilustra Cabral Camelo (Camelo 1961 [1734]: 144). Inmediatamente, varios negros esclavos se tiraron al agua y huyeron, como si llevaran ya tiempo planeando hacerlo. Camelo y un grupo consiguieron resistir al ataque, atrincherándose. Los Payaguá se retiraron, entonces, victoriosos: se llevaron 16 canoas, 11 arrobas de oro, armas, ropas, no pocos negros y una mujer lisboeta como cautiva. Se sabe, por el relato de D. Carlos de Los Rios Valmaseda, que el botín fue intercambiado en Asunción en el mismo año de 1730 (Valmaseda 1961[1730]). En cuanto a la suerte de Cabral Camelo, no fue tan mala como la de Ouvidor Lanhas Peixoto, muerto en el asalto, pero tampoco fue de las mejores: con miedo a un nuevo ataque por el río, decidió ir con el grupo de supervivientes a Camapuã de la forma que se hacía antiguamente pelos bandeirantes – por tierra y a pié. Llegaron allí después de dos meses andando y observando como todos los cultivos del río Taquari habían sido destruidas por los Kayapó. Con unas canoas, descendieron por el río Pardo, navegaron el río Paraná: en todas partes encontraron el mismo escenario – todos los cultivos tan "hermosos" que vio Carmelo en 1727 habían sido destruidos por los Kayapó y sus haciendas despobladas. Los últimos valientes que se quedaron, pedían al viajero que los llevaran a São Paulo.

El concepto de frontera, desarrollado principalmente por la antropología procesal y política, me parece un camino teórico-metodológico adecuado para percibir e iluminar varias cuestiones que aparecen en el relato anterior como puntas de un *iceberg*. Ajustar la mirada en dirección a las relaciones de la tripulación de la monzón con los grupos étnicos locales y las alianzas de estos grupos entre sí y con los adventicios, permite percibir las interrelaciones entre esas poblaciones. La frontera dejó de significar, con la sofisticación de los abordajes antropológicos e históricos, sólo un límite que separa una cultura de otra. Antes, la tesis de Frederick Jackson Turner, según la cual el carácter nacional norteamericano se forjó gracias a la expansión de los colonos en dirección oeste, puesto que la experiencia de triunfar sobre la barbarie que estaba más allá de las fronteras es la que promueve una genuina americanización de la civilización europea (Turner 1996), es hoy considerada no como perspectiva metodológica, sino bajo la perspectiva de análisis de todo su contenido propiamente ideológico (Carvalho 2005). Los antropólogos e historiadores trabajan actualmente postulando el concepto de frontera como una zona intersticial donde las culturas se encuentran en contacto. Señala Ulf Hannerz que "*las fronteras son regiones donde las culturas pueden llegar a*

⁴ "Tan espesa era la nube de flechas que oscurecieron el sol". N.d.t.

desatarse visiblemente: en lugar de cultura/cultura, cultura + cultura" (Hannerz 2001: 6). Las investigaciones de Fredrik Barth y de sus colaboradores nos permiten pensar la frontera entre los grupos étnicos como lugares o situaciones en las cuales se realizan intercambios interculturales y se actualizan los mecanismos que permiten el mantenimiento de las diferentes identidades. Así, las elecciones de los ítems que van a componer los repertorios culturales de los grupos étnicos – lejos de ser vistos como "asimilación" o "aculturación" – deben ser entendidos como producto de una actuación y selección política de esos grupos.⁵

Desde los estudios de Georges Balandier, parecen quedar pocas dudas de la existencia de la dimensión política entre las llamadas poblaciones "tradicionales" (Balandier 1968). Acrecienta que el concepto de frontera, utilizado aquí para interpretar las relaciones de intersección, intercambios y mantenimiento de las identidades entre los grupos étnicos envueltos en las "monzones", puede favorecer una revisión de la noción oficial de la "conquista del oeste": en vez de la inevitable "necesidad histórica" y la pasividad de los nativos, analizar la acción de los individuos y de las colectividades y atender para la contingencia del proceso. "*Lo esencial es la contingencia*", nos recuerda Jean-Paul Sartre.

El botín del asalto de 1730 fue intercambiado por los Payaguá en Asunción. Los paulistas y los cuiabanos siempre sospecharon que podría haber una alianza entre los castellanos y los Payaguá. Después de tantos asaltos y de observar los procedimientos utilizados por los nativos, podía el Gobernador D. Antônio Rolim de Moura afirmar, en una carta de 1754, "*que por ora quase todos os Escravos que forão parar a Assumpção hé por mão do Payagoá a quem a dita Cidade os compram por terem ordinariamente pazes com o dito Gentio e allgua presumpção ha que os mesmos Castelhanos lhe dão armas, por se haverem em varias occaziões achado algumas lanças com choupos de ferro tão polidas e bem feitas que não pareciam fabricadas pello Gentio*".⁶ De cierto modo, tales sospechas se confirmaron.

Las relaciones entre los Payaguá y los habitantes de Asunción fueron políticamente inestables, aunque continuas, desde el siglo XVI. Del despecho de haber recibido amablemente al español Juan de Ayolas en el puerto que después se llamaría Candelaria, inclusive presentándose con la hija de un cacique en señal de acuerdo político, percibieron los Payaguá que si la Candelaria se consolidaba como puerta de entrada de los españoles (guiados por sus archienemigos, los Guaraní), rápidamente el río Paraguay podría pasar a las manos de los adventicios, y los Payaguá perderían su libertad de movimientos. Como consecuencia, decidieron asesinar a Ayolas y emigrar al

⁵ Barth 1976: 9-49. Para situar el contexto de la antropología procesual propuesta por Barth en el ámbito mismo del campo intelectual de las ciencias sociales, ver: Poutignat; Streiff-Fenart 1998.

⁶ Moura, D. Antônio Rolim de. Cartas do G.^o Capitão General. 5 de setembro de 1754. Arquivo Histórico Ultramarino. *Apud*. Holanda 1986: 84.

"que por alguna motivo casi todos los esclavos que fueron a parar a Asunción es por intermediación de los Payaguá, a quien la dicha ciudad los compra por tener ordinariamente la paz con los dichos indios y alguna presunción hay de que los mismos castellanos les dan armas, por que se han encontrado en varias ocasiones algunas lanzas con puntas de hierro tan pulidas y bien hechas que no parecían ser fabricadas por estos indios". N.d.t.

río Verde, y desde allí, a comienzos del siglo XVII, continuar controlando, gracias a una fuerte piratería, el río Paraguay (Costa 2003: 87-88).

Debido a su interés en conseguir hierro para incrementaren sus lanzas y por hachas, que permitían construir canoas más rápidamente, no rompieron los Payaguá sus relaciones con Asunción. Por otro lado, esto no les impidió de mantener su autonomía y sus identidades bien definidas: al fin y al cabo, los Guaraní que ayudaban a los castellanos intentaron por todos los medios mover estos europeos contra los Payaguá.

Como enfatiza Silvia Schmuziger Carvalho, es necesario tener en cuenta que las hostilidades de frontera entre los diferentes grupos étnicos interfirió decisivamente en la conquista: la presencia de los Guaraní en Asunción llevó a los Payaguá a mantener en esa ciudad relaciones casi exclusivamente comerciales – hasta el punto de que los hombres Payaguá se convirtieron bilingües en Mbayá, su propia lengua, y Guaraní, “lengua general de la tierra”, para poder negociar mejor – y a firmar alianzas políticas con otros grupos que también eran enemigos de los Guaraní, como los Guaykuru (Carvalho 1992: 467). Además, la alianza entre los Payaguá (que llevaban canoas) y los Guaykuru (que montaban a caballo) estuvo a punto de hacer inviable la aventura portuguesa en Cuiabá, por el número tan alto de asaltos que sufrían los monzoneros y plantadores del siglo XVIII.

Narra D. Carlos de los Ríos Valmaseda lo sucedido en septiembre de 1730, cuando aparecieron los embajadores de los Payaguá en Asunción, informando a las autoridades locales de que querían vender algunos cautivos portugueses. Eran cuatro los indios embajadores, “*muy emplumados, y armados con flechas, y almagrados los rostros, vestidos con unos casacones de cuero de tigres a dar parte al d.º Gobernador*” (Valmaseda 1961[1730]: 155). Como medida preventiva, señalaban que primero querían ver el dinero del rescate y que sólo después traerían a los cautivos. El Padre Comendador y otros ciudadanos locales, juntaron alguna plata y se lo ofrecieron a los indios, aunque estos recusaron afirmando que “*era necesario que les diese más, porque el Cacique no estaba contento*” (*Idem, Ibidem*). En seguida, mostraron los habitantes de Asunción más plata y los cautivos fueron llevados: dos jóvenes, 12 negros y mulatos y aquella señora lisboeta, de nombre Dominga Roiz, cuyo marido fue asesinado en el asalto de 1730 (*Idem, Ibidem*).

Llama la atención la excepcional habilidad política con que condujeron los Payaguá la negociación: (1º) utilizando embajadores para evitar tener que exponerse, (2º) exigiendo primero que les mostraran el pago, para después traer a los cautivos, y (3º) incrementando su poderío desconsiderando la primera oferta. Estas constataciones lanzan algunas dudas sobre la tesis, defendida por Sérgio Buarque de Holanda, de que los Payaguá eran fácilmente engañados en sus intercambios en Asunción (Holanda 1986: 82).

Parece más razonable pensar que los Payaguá, en la medida en que transitaban cada vez más por la zona de contacto con los habitantes de Asunción, aprendieron a su modo las reglas del

juego político y del juego económico. Gradualmente, los Payaguá fueron descubriendo el valor de cambio de las mercancías. Al principio, no sabían el valor de cambio del oro, razón por la cual, si damos crédito a lo que relata el joven cautivo Antônio Antunes, tiraban todo el metal precioso requisado en los asaltos al río diciendo que aquello eran piedras (Holanda 2000: 301). Se debe a un tal João Pereira, portugués hecho cautivo durante el asalto de 1730, la recomendación a los Payaguá de que no tirasen por la borda el oro, puesto que podrían intercambiarlo en Asunción por cosas que les interesaban mucho (*Idem, Ibidem*: 302). En consecuencia, informan los cronistas de la época que el asalto de 1730 proporcionó a los Payaguá entre 11 y 20 arrobas de oro. Valmaseda nos informa de que los Payaguá ya habían aprendido muy bien las lociones y que, a partir de 1730, comenzaron a ir constantemente a Asunción para intercambiar el oro en polvo obtenido. Allí compraban herramientas, tejidos de lana, telas de colores, miel, maíz, cerdos, entre otras cosas que, en general, tenían un precio muy elevado.

Si bien es cierto que los Payaguá, todavía en proceso de aprender a hacer negocios, pagaban muy caros los ítems ordinarios, no debe hacernos pensar que se debía a la falta de experiencia de los indígenas, puesto que, como afirma el mismo Valmaseda, la abundancia de metal precioso en Asunción elevó los precios para todos, llevando a muchos objetos a ser pagados con precios inflados en 150% (Valmaseda 1961[1730]: 156-57).

Para los Payaguá debían ser muy interesantes los intercambios, puesto que se habían especializado en el pillaje de los barcos de las monzones, hasta el punto de que una fracción del grupo étnico, los Agace (o Sigaeco), se establecieron cerca de Asunción para servir de intermediarios en los intercambios y otra fracción, los Sarigué, se responsabilizaron de la piratería del Alto Paraguay (Costa 2003: 82-83). Al contrario de lo que pensaban la mayoría de los paulistas y cuiabanos, lo que movía a los Payaguá a asaltar las monzones no era tanto una orden expresa de los españoles como una imposición de las relaciones comerciales con Asunción (Holanda 2000: 299-300).

Las alianzas interétnicas desempañaron un papel importante en el movimiento de las monzones. Desde inicios del siglo XVIII, varias poblaciones padecieron la alianza entre los Payaguá y los Guaykuru; los primeros practicaban la piratería en el Alto Paraguay, en canoa, y los segundos en los alrededores del río Taquari, a caballo. Sobre este punto afirmó Sérgio Buarque de Holanda que los ataques no se realizaban, entre los grupos étnicos corsarios, con ningún tipo de disciplina (*Idem, Ibidem*: 304). Este tipo de interpretación tiende a minusvalorar las funciones sociales y políticas ejercidas por las poblaciones móviles, como es el caso de los Guaykuru: estos, armados con sus caballos, ofrecían protección a los Arawak-Guaná, agricultores sedentarios y pacíficos, los cuales – a cambios también de algunos servicios de intermediación de productos Guaná con otras poblaciones – ofrecían a los Guaykuru parte de sus cosechas, cerámicas y tejidos (Costa 2003: 73; Carvalho 1992: 467).

No hay ninguna razón para suponer que pudiese existir cualquier tipo de preferencia por parte de las poblaciones nativas para aliarse entre sí, o que privilegiaran estas alianzas en detrimento de las alianzas o de los intercambios con los blancos. De hecho, tal afirmación se confirma si observamos la inestabilidad de la alianza entre los Guaykuru y los Payaguá, pudiendo ser rota en cualquier momento si se configuraba un escenario político más ventajoso.

Narra Cabral Camelo que, en 1731, durante la monzón de represalia contra los Payaguá a causa del asalto del año anterior, se encontraron los cuiabanos con un poderoso cacique Guaykuru, que fue a proponerles un acuerdo político de paz y una alianza militar contra los Payaguá. La propuesta del cacique contenía la reivindicación de los Guaykuru de mantener negocios estables con los cuiabanos y el compromiso de que colocarían a su disposición unos 50.000 caballos. No fue de las más agradecidas la respuesta dada por los cuiabanos a esta propuesta: como el capitán de la armada, el Sr. Antônio de Almeida Lara, se encontraba a alguna distancia de allí, se decidió capturar con violencia al cacique y los suyos y llevarlos a la presencia del capitán Lara. Al llegar al rancho donde estaban los otros cuiabanos haciendo negocios con unos Guaykuru, que vendían vacas y caballos, recibieron la orden del capitán para que soltasen al cacique. Como la traición no fue castigada como debería, el cacique y su comitiva cogieron unos caballos y huyeron rápidamente de allí, puesto que temían volver a ser hechos prisioneros (Camelo 1961[1734]: 136-37).

En un primer momento, el cacique Guaykuru consideró que sería mucho más productivo aliarse con los cuiabanos que el mantener la unión con los Payaguá. Con todo, este acuerdo sólo sería beneficioso si se configuraba un marco político de confianza y estable para los intercambios. Al ser capturado de forma traicionera y no ver un castigo adecuado a los culpables por parte del capitán Almeida Lara, parece que le quedó claro al cacique que aquel marco político confiable y estable no parecía posible, ni parecía tan ventajoso cómo el mantenimiento de intercambios esporádicos con los cuiabanos y de la alianza con los Payaguá. Las alianzas tienen, en este sentido, mucho más que ver con la identidad étnica particular de cada grupo, con el aumento de su poder y con el acceso a los bienes deseados, que con cualquier supuesto privilegio en establecer alianzas con otros nativos, o de los “nativos en general”, o cosa semejante.

La definición de un grupo aliado y de un enemigo, o a quien atacar, no debe ser vista como una acción sin disciplina o espontánea, sino que debe ser analizada como una acción política. Después de ese episodio de 1731 debió haber quedado claro para los cuiabanos que cometieron un error político fatal. Los Guaykuru, que desde la destrucción de Santiago de Xerez y el despojamiento del Itatim, promovidos por los paulistas en la década de 1640, reocuparon toda esa región y establecieron su hegemonía durante casi dos siglos – hecho inédito en la Historia Universal (Costa 2003: 74) – pasaron, en el siglo XVIII, a controlar buena parte del amplio territorio de la ruta de las mozones, de modo que Sérgio Buarque de Holanda venir a hablar, para el periodo posterior a 1730, de la “insularidad de Cuiaba” (Holanda 2000: 289).

Los Guaykuru estaban expandiendo sus fronteras: habían dominado los Arawak-Guaná, población que les cedía lo cuadro de trabajadores en cambio de protección militar y servicios de intercambio de productos (Azara 1923[1801]: 58). Con los Payaguá, por su turno, mantenían alianza política nada estable. Muchos historiadores trabajan la noción de frontera apenas bajo la perspectiva del blanco, olvidando los procesos decisivos ocurridos entre los grupos étnicos nativos. En efecto, es posible desarrollar a respecto de la función política de la propuesta de alianza formulada por el cacique Guaykuru en un aspecto bien preciso: el aumento del poderío. Define Max Weber el poder como *“toda la probabilidad de imponer la propia voluntad en una relación social, aunque contra las resistencias, no importando lo fundamento de esta probabilidad”* (Weber 1998: 33). En consecuencia, lo cacique podría estar interesado en firmar la paz con los cuiabanos, pero también en las ventajas del juego con la situación. Él podría pretender mantener la alianza política con los tres grupos enemigos – los cuiabanos, los Payaguá y los habitantes de Asunción – y aprovechar las ventajas de su mutua destrucción. Además, lo que es cierto es que las relaciones interculturales son relaciones de poder, en el sentido apuntado por Weber: indios y blancos actúan políticamente bajo la dicha orientación.

Después de la hecatombe promovida por los Guaykuru en el fuerte de Nova Coimbra en 1788, consiguieron los cuiabanos firmar un tratado de paz con este grupo étnico en 1791. A partir de ahí, a pesar de algunos desencuentros,⁷ la alianza se mantuvo firme durante buena parte del siglo XIX, tiempo durante el cual los Guaykuru atacaron ininterrumpidamente varias ciudades del Paraguay durante la Guerra, favoreciendo sobremanera al gobierno Imperial brasileño. Actualmente, los descendientes de aquellos Guaykuru, los Kadiwéu de Mato Grosso do Sul, todavía luchan para mantener la única exigencia que hicieron por haber luchado en aquella guerra – sus tierras (Carvalho 1992: 468-69).

Esta nueva aproximación de los Guaykuru con los cuiabanos deshizo la alianza entre los Payaguá y estos indios caballeros, que tantos problemas llevó a los viajeros de las monzones, conllevando que los Payaguá se aliaran definitivamente con los habitantes de Asunción, hacia donde migraron a finales del siglo XVIII los integrantes de la fracción móvil Sarigué, uniéndose a los Agace que ya se encontraban allí (Costa 2003: 90). A ello contribuyó la ofensiva masiva que los cuiabanos y paulistas lanzaron contra este grupo étnico. Cuatro años después del sanguinario ataque de 1730, Antônio Pires de Campos, dirigía la victoriosa expedición compuesta de indios Bororo, recientes aliados de los cuiabanos y muy buenos guerreros, contra los Payaguá (Carvalho 1992: 466). A partir de 1750 disminuyó la resistencia de este grupo étnico, pacificándose la zona fronteriza a los monzones. Escribe Silvia Schmuziger Carvalho que *“como em quase todos os confrontos dos colonizadores com os indígenas na América, a ‘pacificação’ foi um eufemismo para extermínio”*⁸ (*Idem, Ibidem*). Después de servir de bala de cañón para el ejército de Lopez y de ser masacrados

⁷ En inicios del siglo XIX, Hercules Florence y Luiz D’Alincourt pudieran observar ciertas hostilidades mutuas. Ver: Florence 1977 [1829]; Alincourt 1857.

⁸ “como en casi todos las luchas de los colonizadores con los con los indígenas en América, la pacificación fue un eufemismo de exterminio”. N.d.t.

por los "aliados", casi desaparecieron de la faz de la tierra todos los Payaguá: alrededor de 1940, encontró el antropólogo Max Schmidt a una mujer anciana que decía ser uno de los últimos cuatro payaguá que aún quedaban vivos (Holanda 1986: 87).

El teatro de operaciones de pillaje de los Kayapó eran las márgenes de los ríos Paraná, Pardo y la región de Camapuã, y fue en estos territorios en los que consiguieron que los colonos abandonaran sus cultivos, excepto la hacienda de Camapuã, en el periodo que va desde 1727 a 1734. Incluso con la instalación del presidio militar de Iguatemi por parte de los portugueses, no dejaron los Kayapó de actuar defendiendo sus territorios, tarea para la que no estaban solos. La alianza establecida entre los Kayapó y los Kaingang, pertenecientes ambos a la gran familia de los Jê, es señalada por los habitantes de Iguatemi, en 1766, como la culpable de que los indígenas pretendieran cerrar la subida del río Pardo. En una carta al gobernador de Paraguay, afirma un poblador, de nombre João Martins Barros, "*como topei as tropas de comerciantes das minas de cuyabá parados na Barra do Rio Pardo sem poderem seguir viagem, por causa dos Gentios Guayapos que se tinham juntado com os canhnguans ou montesos para roubarem aos mercadores que passassem para aquelas Minas como a pouco aviam feito atres tropas, que não somente roubaram como também mataram, motivo este que me obriga a ajuntarme com eles e dar-lhes uma boa corrida*".⁹ Con todo, no duró mucho esta alianza, debido a las expediciones armadas que, a partir de 1772, organizó D. Luiz Antônio, el Morgado de Mateus.

La "pacificación" de los Kayapó tuvo lugar en 1780, y esto significa que una fracción fue reclutada para trabajar en Camapuã y otra permaneció en los alrededores de las márgenes de los ríos Paraná y Pardo (Holanda 2000: 260-62; 279-80). Es a esta última fracción a la que buscaban Hercules Florence, Langsdorff y otros de la misma expedición que, en 1826, al navegar por el río Paraná, fueron informados por los sertanistas de que era posible establecer contacto e intercambios con estos indios. La narración del episodio que hace Florence permite establecer que, en el siglo XIX, se tornaron frecuentes los intercambios entre los monzoneros y los Kayapó en la región próxima a la cascada de Urubupungá: los monzoneros poseían una bocina de madera para llamar a los nativos y estos salían desde las aldeas donde habitaban, a cierta distancia de los márgenes, y, se dirigían a ellas, donde tenían algunas cabañas destinadas a ser el local para realizar los intercambios (Florence 1977[1829]: 54-56).

El texto de Cabral Carmelo menciona que, durante el ataque de 1730, los Payaguá escogían a los negros más robustos para llevarlos como botín y mataban a los demás en el mismo lugar (Camelo 1961[1734]: 145). Es a este aspecto mercantil de la presencia de los negros en las monzones al que Sérgio Buarque de Holanda confiere una especial importancia: los Payaguá tenían un gran interés en capturar negros para venderlos en Asunción, siendo por ello de su preferencia las

⁹ *Bandeirantes no Paraguay. Apud.* Holanda 2000: 261.

"cómo me encontré a los grupos de comerciantes de las minas de Cuyabá parados en el margen del Río Pardo sin poder continuar su viaje, a causa de los indios Guayapos que se habían juntado con los Canhnguans o montesos para robar a los mercaderes que pasaban por aquellas minas como hace poco habían hecho otras tropas, que no solamente robaban sino que también mataban, motivo este que me obliga a juntarme con ellos y darles una buena carrera". N.d.t.

monzones que subían a Cuiabá, porque siempre llevaban más esclavos que las que iban para São Paulo (Holanda 1986: 83-84). Señala además que el esclavo monzonero, sobre todo en las regiones donde era preciso llevar las canoas por tierra, como en Camapuã, conllevaba perder mantenimientos por el camino, lo que el autor llama “contratiempos” (Holanda 2000: 275). En la misma línea interpretativa está la tesis defendida por Afonso de Taunay, según el cual la tripulación de esclavos negros de las monzones estaba sometida a “*uma das mais cruéis servidões de que reza a história*”, configurándose para el autor como algo espantoso como “*não se consignavam atos de reação contra a terrível servidão*”¹⁰ (Taunay 1961: 157-58).

Abordar la cuestión de la presencia de los negros en las luchas y contactos entre los grupos fronterizos, sólo a través de la visión del mercado, o de la “indolencia”, o la “pasividad” es promover una reducción brutal de la documentación existente con finalidades ideológicas, reducción en nuestros días insostenible.

Para regresar a la narrativa del momento del asalto de 1730 hecha por Cabral Camelo, destaca el viajero que así que comenzó el ataque de los Payaguá, la mayoría de los negros saltaron en grupo al agua y, aprovechándose del hecho de que los dos blancos que quedaban en las canoas no podían ni remar, ni alcanzar la orilla, ni gobernar la canoa, ni tenían las armas cargadas para defenderse, emprendieron la fuga por la selva. Por esta razón, el Ouvidor Lanhas Peixoto se quedó sólo en su canoa con un joven enfermo que viajaba en ella, y ambos fueron asesinados rápidamente por los Payaguá. Sólo amenazando de muerte a un grupo de negros, consiguió Cabral Carmelo y los otros blancos no dejar que todos se fugasen (Camelo 1961[1734]: 144).

Durante el siglo XVIII fue muy recurrente entre la gente la historia de José Pompeu de Almeida quien, al ser abandonado por los negros e indios de su monzón, “*nada satisfechos con las impertinencias del amo*”, en una isla del río Paraná, hizo confesión antes de morir a lo Padre Belchior de Pontes, que estaba en aquellos momentos en los alrededores del río Pinheiros en São Paulo: la magia social del motín de esclavos debe impresionar mucho más al historiador de lo que la supuesta bilocación milagrosa del Padre Pontes.¹¹

La carta del Autor Anónimo, escrita en 1746 y publicada por Taunay en *Relatos monçoeiros*, señala que el “contratiempo”, por seguir la forma en que Sérgio Buarque de Holanda lo llama, tiene mucho más que ver con la tentativa de los esclavos de establecer algún control sobre el ritmo de trabajo y la distribución de comida que con la indolencia o la pasividad. Afirma la carta que cuando en el paso del río Tietê al Paraná: “*tive uma emborcação [e] molhou-se mantimento e a fazenda; quis falhar para enxugar mas a minha tropa não quis demorar nada; os negros tanto remam para diante como para trás, se ilha, dava, não os tenha para me remarem ou bem ou mal acima; (...) o trabalho*

¹⁰ “una de las mas cruels servidumbres que tiene la historia”, “no se consignaban actos de reacción ante esta terrible servidumbre”. N.d.t.

¹¹ Todavía, no es esta la énfasis atribuida por Taunay cuando recuenta esta historia otrora narrada por Pedro Taques de Paes Leme (Taunay 1961: 178-79).

*dos varadouros me amofinava e os negros quando varavam as cargas metiam-se em matos e consumiam-nas*¹² (Autor Anónimo 1961[1746]: 190).

Es preciso, por tanto, incluir al esclavo africano o afro-descendiente como un agente histórico también decisivo en las zonas de contacto interétnicos de las fronteras: su ausencia en muchos estudios sobre el tema aparece como un silencio demasiado elocuente. No pasa desapercibido que el relato anónimo fue publicado por Afonso Taunay en la misma obra en la que afirma ser “*realmente espantoso não se consignarem atos de reação contra a terrível servidão*”.

El relato del viaje de Cabral Camelo resitúa el problema de la noción de “conquista” tal y como ha sido delineada por la historiografía oficial. Si la comparación de la parte de su narrativa que cuenta el viaje de Sorocaba a Cuiabá en 1727, en la cual se observa una cierta pujanza en los cultivos que se encontraban en los márgenes de los ríos Paraná, Pardo, Taquari e Cuiabá, con el trágico viaje de regreso de Cuiabá a São Paulo, motivada por la decadencia momentánea de las minas y siendo víctima del sangriento ataque de 1730, sumada a la marcha a pie que siguió y que pasó por los restos de los “famosos cultivos” observados en el viaje de ida, si tal comparación tiene a sugerir la metamorfosis de las nociones de conquistador y de conquistado, de vencedor y vencido, pienso que se debe tener mucho cuidado con tales sugerencias, que poco contribuyen a la clarificación del complejo juego de interrelaciones entre los diferentes grupos étnicos que participaron del proceso. Por otro lado, para el periodo contemplado por el relato de Cabral Camelo (1727-1734) y algunos años más, varios investigadores están de acuerdo en considerarlo mucho menos favorable para los paulistas y cuiabanos que para los grupos étnicos nativos: tan difícil se había convertido el viaje de Araraitaguaba (próximo a São Paulo) a Cuiabá – ya que los Kayapó esperaban a los viajeros monzoneros en los ríos Paraná, Pardo y en la región de Camapuã; a partir del río Taquari comenzaba el territorio de los Guaykuru quienes, ocasionalmente en acciones conjuntas con los Payaguá, no dejaban de atacar al campesino o al viajero que por allí se aventuraba; y, propiamente en el río Paraguay la hegemonía era de “los señores de los ríos”, los Payaguá y sus canoas –, tantas eran las dificultades del viaje que Sérgio Buarque de Holanda enfatiza la idea de la “insularidad de Cuiabá”.

La noción oficial de “conquista” siempre tiende a sobresaltar la idea de frontera como una línea necesaria e inevitable, portadora de civilización y progreso genuinamente americanas, que avanza pasando por encima de la pasividad y el silencio de los grupos étnicos locales y de los esclavos, noción señalada por Turner y que tiene muchos adeptos en Brasil, como es el caso de Cassiano Ricardo (Ricardo 1970). Estas nociones oficiales se corresponden a una preocupación de establecer e inculcar una identidad nacional que legitime a unas determinadas elites en el poder. Hoy en día son insostenibles los análisis que subestiman las acciones políticas en defensa de sus territorios llevadas a cabo por los grupos étnicos nativos y las alianzas que los portugueses tuvieron

¹² “una de las canoas afondaron en el río y esto mojó lo mantenimiento y la hacienda; yo intentaba hacer una pausa, pero míos marineros no aceptaron demorar nada; los negros tanto reman para adelante como para atrás, se isla aparecía, yo no los tenía para remar ni abajo o ni arriba; (...) lo trabajo de varar las cascadas mí afligía, y los negros cuando varaban las cargas se metían en los matos y las consumían”. N.d.t.

que hacer con ciertos gripos para poder acceder con una mayor regularidad a determinados territorios.

AGRADECIMIENTOS

A Mariana Esteves de Oliveira, a lo Prof. Dr. Lúcio Tadeu Mota y a mi orientadora Prof. Dr. Evandir Codato, mis agradecimientos por el soporte constante. Agradezco también al CAPES, por el financiamiento de esta pesquisa.

BIBLIOGRAFIA

Alincourt, Luiz D' (1857). "Reflexões sobre o systema de defesa que se deve adoptar na fronteira do Paraguay, em consecuencia da revolta dos índios guaicurus ou cavaleiros", en: *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*. Tomo 20.

Araujo, Domingos Lourenço de (1961) [1730]. "Notícia 3ª Prática dada pelo Capp.m (...) ao R. P. Diogo Soares sobre o infeliz sucesso, que tiveram no rio Paraguai as tropas, que vinham para São Paulo no ano de 1730", en: Taunay, Afonso de E. *História das Bandeiras Paulistas*. Tomo III – Relatos Monçoeiros. 2ª Ed. São Paulo: Melhoramentos: 151-50.

Araújo, Emanuel (2000). "Tão vasto, tão ermo, tão longe: O sertão e o sertanejo nos tempos coloniais", en: Del Priore, Mary. *Revisão do Paraíso: 500 anos e continuamos os mesmos*. Rio de Janeiro: Campos: 45-91.

Autor anônimo (1961) [1746]. "Notícia 8ª Prática exposta na cópia de uma carta escrita do Cuiabá aos novos pretendentes daquelas minas", en: Taunay, Afonso de E. *História das Bandeiras Paulistas*. Tomo III – Relatos Monçoeiros. 2ª Ed. São Paulo: Melhoramentos: 179-200.

Azara, Félix de (1923) [1801]. *Viajes por la América Meridional*. Tomo II. Madrid.

Balandier, Georges (1968). *Antropologia política*. Trad. Octavio Mendes Cajado. São Paulo: Difel/Edusp.

Barth, Fredrik (1976). "Introducción", en: Barth, Fredrik (Org.). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México: Fondo de Cultura Económica: 9-49.

Camelo, João Antônio Cabral (1961) [1734]. "Notícias Práticas das minas do Cuiabá e Goiásés, na capitania de São Paulo e Cuiabá, que dá ao Rev. Padre Diogo Juarez, o Capitão (...), sobre a viagem que fez às minas do Cuiabá no ano de 1727", en: Taunay, Afonso de E. *História das Bandeiras Paulistas*. Tomo III – Relatos Monçoeiros. 2ª Ed. São Paulo: Melhoramentos: 131-50.

Carvalho, Francismar Alex Lopes de (2005). "Representações da fronteira nas obras de Frederick Jackson Turner e Cassiano Ricardo", en: *Revista Eletrônica Nethistória*. Vol. Único. Disponível en: www.nethistoria.com. Acesso en: mayo/2005.

Carvalho, Sílvia M. Schmuziger (1992). "Chaco: Encruzilhada de povos e 'Melting Pot' cultural. Suas relações com a bacia do Paraná e o sul mato-grossense", en: Cunha, Manuela Carneiro da (Org.). *História dos Índios no Brasil*. São Paulo: Cia. das Letras: 457-74.

Costa, Maria de Fátima (2003). "Entre Xarai, Guaikuru e Payaguá: ritos de vida no Pantanal", en: Priore, Mary Del; Gomes, Flávio dos Santos. *Os senhores dos rios*. Rio de Janeiro: Elsevier: 63-92.

Florence, Hercules (1977) [1829]. *Viagem fluvial do Tietê ao Amazonas: 1825 a 1829*. São Paulo: Cultrix/Edusp.

Hannerz, Ulf (2001). "Fronteras", en: *Revista de Antropologia Experimental*. Nº. 1: 6 y ss.

Holanda, Sérgio Buarque de (1957). *Caminhos e Fronteiras*. Rio de Janeiro: José Olímpio.

(1966). "Movimentos da população em São Paulo no século XVIII", en: *Revista do Instituto de Estudos Brasileiros*. Num. 1. São Paulo: 55-111.

(1986). *O Extremo Oeste*. São Paulo: Brasiliense.

(2000). *Monções*. 3ª Ed. São Paulo: Brasiliense.

Melatti, Júlio César (1994). *Índios do Brasil*. 8ª Ed. São Paulo: Hucitec.

Nóbrega, Mello (1978). *História do rio Tietê*. 2ª ed. São Paulo: Governo do Estado.

Poutignat, Philippe; Streiff-Fenart, Jocelyne (1998). *Teorias da etnicidade*. Trad. Élcio Fernandes. 1ª Reimp. São Paulo: Edunesp.

Reis, Artur César Ferreira (1960). "Os tratados de limites", en: Holanda, Sérgio Buarque de; Fausto, Boris (eds.). *História Geral da Civilização Brasileira*. Vol. 1. São Paulo: Difusão Européia do Livro, 1960: 364-379.

Ricardo, Cassiano (1970). *Marcha para oeste*. 4ª Ed. São Paulo: José Olímpio.

Taunay, Afonso de E. (1961). *História das Bandeiras Paulistas*. Tomo II. 2ª Ed. São Paulo: Melhoramentos.

Turner, Frederick Jackson (1996). *The frontier in American history*. 3. Ed. New York: Dover Publications.

Valmaseda, D. Carlos de Los Rios (1961) [1730]. "Notícia 4ª Prática vinda da cidade do Paraguai à Nova Colônia do Sacramento com aviso de venda, que fizeram os paiaguás dos cativos portugueses naquela mesma cidade, e escrita por (...)", en: Taunay, Afonso de E. *História das Bandeiras Paulistas*. Tomo III – Relatos Monçoeiros. 2ª Ed. São Paulo: Melhoramentos: 155-58.

Weber, Max (1998). *Economia e sociedade*. 4ª Ed. Trad. R. Barbosa; K. E. Barbosa. Brasília: EdUnb.

PREGUNTAS DEL EDITOR – RESPUESTAS DEL AUTOR

1/ Su texto es principalmente de antropología histórica, en el que, a partir de datos históricos y relatos de la época, usted analiza de forma antropológica un proceso histórico. ¿Qué diferencias encuentra usted entre el tradicional análisis histórico y la antropología histórica? ¿Qué nuevos aspectos proporciona la antropología al estudio de la historia? En su caso, su texto analiza una parte de la historia de la colonización en un nivel micro ¿qué cree usted que su estudio – y otros similares – proporcionan para el conocimiento de esa parte de nuestra historia? ¿Cree que estos trabajos antropológicos ponen en duda las versiones oficiales de la historia de la colonia? ¿Han modificado estas historias oficiales? ¿Qué vitalidad encuentra usted a la antropología histórica dentro de la disciplina?

Agradezco la pregunta. Me gustaría enfatizar que el estructuralismo, en cuanto paradigma desvelador del mundo social, llevó ciertos problemas existentes para la Antropología y para la Historia que aun consistían, en la época, en sofisticación y profesionalización de las mencionadas disciplinas. Hoy ya son posiciones que no consiguen explicar situaciones importantes. De manera general, el estructuralismo entendía las sociedades de forma estática: las culturas eran vistas de forma homogénea, separadas unas de otras por fronteras firmes; las acciones de los individuos y de las colectividades eran consideradas secundarias con respecto a la reproducción de normas sociales, las cuales restaban a la creación del historiador o antropólogo. Mientras que los historiadores buscaban estudiar la permanencia de las estructuras sociales y mentales de larga duración, una "*historia de la lentitud en la historia*", como dice Jacques Le Goff, los antropólogos aislaban al grupo étnico que pretendían analizar, separándolo de las interrelaciones con otros grupos, como si fuesen una isla aislada, de la cual le tocaría al investigador decir cuales son los "trazos culturales" significativos.

Todavía hoy hay personas que defienden estos enfoques, pero el hecho es que ellas no se paran a explicar las interacciones culturales y políticas entre las diferentes poblaciones a lo largo del proceso histórico. De ahí la importancia de algunos trabajos innovadores. Las contribuciones de Edmund Leach abrieron nuevos horizontes en el sentido de mostrar cómo los sujetos históricos

utilizaban estrategias para manipular las reglas sociales, a través de un enfoque netamente "relacional" (o sea, buscando el análisis de las interrelaciones entre varias poblaciones y no el estudio de cada una aisladamente). Con todo ello, solamente con los trabajos de Fredrik Barth se consiguió que esta postura adquiriese una inflexión realmente transformadora. Barth nos hace cuestionar la noción de cultura homogénea, la idea de "una Cultura", y propone que pensemos en las relaciones sociales a partir de la compartimentación de procesos. En este sentido, la frontera pasa a ser entendida como una zona de contacto privilegiada para percibir las interrelaciones, los intercambios, las alianzas y, sobre todo, la actuación de los mecanismos de selección de los ítems que van a componer el repertorio cultural de las poblaciones vecinas.

Los antropólogos y los historiadores tienen un amplio campo de diálogo. A partir de la postura analítica que abarca, en un primer vistazo, las reglas sociales y las estrategias individuales, cómo proponen Leach, Barth, Pierre Bourdieu y otros, es posible enfatizar una lectura procesal del mundo social. Al contrario que el inmovilismo, la pasividad y la aculturación de no pocos estructuralistas, es posible dialogar en el sentido de establecer un enfoque realmente histórico de los estudios de los grupos étnicos. Al estudiar un grupo étnico, sea un historiador o un antropólogo, ambos tienen que tener con cuenta los procesos culturales desarrollados, a lo largo del tiempo, entre la población estudiada y otras poblaciones vecinas. Los contactos, flujos e intercambios influyen decisivamente en el proceso cultural, de modo que las culturas están siempre en continuo movimiento.

En efecto, por un lado, los antropólogos tienen mucho que aportar a los historiadores: proporcionándoles propuestas teórico-metodológicas de análisis de la lógica dialéctica de las relaciones sociales entre las reglas y las estrategias, de las situaciones de frontera, del problema de la vecindad, del papel de la acción individual. Por otro lado, los historiados tienen mucho que aportar a los antropólogos en el sentido de establecer la primacía del análisis procesal, o sea, enfatizar que todo análisis de cualquier grupo étnico debe estar insertada en la perspectiva diacrónica o histórica. Semejante diálogo ha ocurrido y ha producido trabajos muy productivos, sobre todo entre los que emplean la micro-análisis o la micro-historia (Alban Bensa, Carlo Ginzburg, etc.).

Hablar de fronteras significa, también, contraponerse a la noción de frontera que es utilizada por los historiadores y antropólogos tradicionales u oficiales de la conquista de América. No quiero desmerecer el trabajo de estos intelectuales, muchos de los cuales recolectaron datos y proporcionaron interpretaciones muy valiosas. Pero no podemos aceptar una visión simplista de que la conquista de las poblaciones nativas se realizó sin que hubiera habido flujos culturales, estrategias de resistencia, alianzas políticas promovidas por ambos lados, intercambios, concesiones, contraprestaciones, etc. Como procuro demostrar en mi ensayo, la conquista de la frontera oeste de la América portuguesa demandó a los conquistadores la capacidad de negociar políticamente con las poblaciones nativas, y en muchos de los casos los grupos étnicos, que tenían sus propias alianzas e intereses, cerraron todos los caminos al blanco y se colocaron como verdaderos "señores de los ríos", nombre por el que algunos grupos étnicos eran llamados en la época.

2/ Usted emplea documentos de la época que no estaban en ningún caso pensados para que después sirvieran de material de base de para el estudio antropológico. ¿Cómo trata usted esta información? ¿Qué dificultades ha tenido para su uso? ¿En qué se diferencian estos textos de los antropológicos? Usted no puede recurrir a informantes ni “rellenar con otras fuentes” los huecos que los documentos de la época no le proporcionan ¿Cómo consigue usted solventar esta dificultad?

Agradezco la pregunta. Los relatos de viajes o, para ser más preciso, los movimiento físicos de grupos humanos por el espacio geográfico, por tiempo determinado, y la transformación de lo observado y vivido en una narrativa, no son una novedad de la Modernidad. Las narrativas que componen la *Odisea*, los viajes de los Argonautas, la *Eneida*, los relatos de Marco Polo y tantos otros, se componen de elementos épicos propios, muchos de los cuales reaparecen en los modernos relatos de viajes. La diferencia parece estar en la posibilidad misma abierta por la Modernidad: por primera vez en la historia del mundo, la multiplicidad de culturas y civilizaciones de todo el globo se toman como contemporáneas: apareció idea de la humanidad y del humanismo. En otras palabras, surgió la Historia Universal. El Nuevo Mundo emerge como un lugar privilegiado de contactos, intercambios e interacciones culturales y civilizatorias, entrelazadas por relaciones de conquista, dominación o exterminio. En estos inicios de la Modernidad, los caminos del mundo estaban aún por trazar y, a pesar de que muchos ya habían diseñado cartas de navegación y escrito itinerarios más o menos rigurosos, todos los viajeros buscaban abrir nuevos caminos, desvelar y mostrar lo conocido y lo desconocido, alcanzar la sorpresa o el deslumbramiento. Mas que nunca, es válida aquella frase de Antonio Machado: “*Caminante, no hay camino, se hace camino al andar*”.

Aunque no sea la intención original del autor del relato de viajes producir un texto etnográfico de la población que visitó, las experiencias de contacto, interacción e intercambio con tal población influyen decisivamente en su narrativa.

Las narrativas producidas por los viajeros expresan la forma por la cual sus autores “delimitaran” y clasificaran la realidad que observaron y experimentaron. Las luchas entre los grupos sociales se desbordaron en luchas de representaciones. Las descripciones cotidianas de los relatos de viajes eventualmente se hace eco de esas luchas, sea para reafirmar un preconcepto, reproduciendo los estigmas que pesan en los hombres del grupo sobre el que habla, sea trascendiendo esas barreras y reencontrado la alteridad en el reconocimiento del otro con tal. Estas situaciones discurren del hecho de que las representaciones del mundo real impuestas por las colectividades nunca son apropiadas de la misma forma por todos sus integrantes. Hay una tensión entre los modos de hacer creer y las formas de la creencia. De ahí que los relatos de viajes sean textos tan fascinantes: en todo momento el viajero testa sus preconcepciones con respecto al otro, que está en todas partes, sea hombre o naturaleza, y ante esa experiencia el viajante inevitablemente se trasforma. Reafirmando sus esquemas de clasificación de lo real o revisándolos a través de la

experiencia, el hecho es que el viajante dejó de ser la misma persona. Y, más allá de estas situaciones individuales, el historiador y el antropólogo pueden descubrir amplios aspectos de las culturas de las poblaciones, percibiendo los mecanismos de evaluación del otro, las interacciones interculturales, las transfiguraciones de los esquemas preexistentes, las síntesis culturales producidas y siempre en proceso. Los relatos de viajes son narrativas del propio proceso cultural.

Las poblaciones amerindias visitadas por los viajeros extranjeros durante todo el proceso colonial imprimieron sus reivindicaciones, percepciones del mundo social y estrategias políticas en los relatos de viajes. A pesar de que los relatos de viajes enfatizan, en la mayor parte de los casos, la perspectiva de dominación, en el punto de vista del conquistador, si leemos las entrelíneas de los textos, observamos las voces y, por consiguiente, las actuaciones políticas de los grupos nativos. Es necesaria la "ruptura" del documento: mostrar la pluralidad de voces que contiene. Las orientaciones metodológicas de Paul Ricoeur y Michel Foucault nos ayudan a buscar las voces y las actuaciones de los dominados que el documento oficial presenta, pero que intenta esconder. La utilización que he hecho de los relatos de viajes de João Antônio Cabral Camelo siguió esta orientación. La tónica del discurso contenido en el relato es de la narrativa de un viaje de São Paulo a Cuiabá, de las dificultades que tuvo el autor en las minas, y de su retorno aún más difícil. Profundizando en la lectura, buscando percibir las voces de los grupos étnicos locales, es posible encontrar varias referencias a la actuación de los indígenas en el sentido de una actuación política en defensa de sus territorios, las reivindicaciones, la oferta de alianzas políticas, las prácticas de pillaje, las alianzas interétnicas, los negocios realizados con el botín del pillaje, etc.

Por tanto, como no es posible viajar en el tiempo hasta el siglo XVIII y realizar un trabajo de campo entre los grupos étnico chaqueños, los relatos de los viajeros que conocieron, entraron en contacto, establecieron intercambios, alianzas, negocios y guerras con tales poblaciones me permiten, a través de una lectura dirigida de los discursos, desvelar los procesos de las relaciones interétnicas dando voz a todos los actores sociales envueltos.

Finalmente me gustaría recordar que la lectura de los relatos de los viajeros es una lectura que, con todo viaje, transforma a los sujetos, hasta el punto de avalar sus certezas y no sea más los mismos después de la experiencia. Octavio Lanni explica con más detalle esta idea de transfiguración: *"A medida que viaja, el viajero se despega de sus raíces, se suelta, se libera. Puede lanzarse por los caminos y por la imaginación, atravesar fronteras y disolver barreras, inventar diferencias e imaginar semejanzas. Su imaginación va lejos, se enfrenta con lo desconocido, que puede ser exótico sorprendente, maravilloso, o insólito, absurdo, aterrador. Tanto se pierde como se encuentra, al mismo tiempo que se reafirma y modifica. En el curso del viaje siempre hay algún transformación, de tal modo que aquel que parte nunca es el mismo que regresa"*. (IANNI, Octávio. *Enigmas da Modernidade-Mundo*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2000. p. 31.)